

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO V. }

MÉXICO, MARZO 15 DE 1875.

{ NUM. 80.

PEREZA Y DILIGENCIA.

El señor de Santa Cruz, hourado comerciante, hacia ya diez años que estaba casado y se llevaba muy bien con su mujer; pero le faltaba tener un hijo que perpetuase su nombre. Sus negocios prosperaban mas de lo que él se habia prometido, y para colmo de sus deseos, al fin tuvo el hijo que esperaba; pero el dia en que fué padre, dejó de ser esposo, pues el nacimiento de su hijo costó á su madre la vida.

Al fin tenia un hijo, pero lánguido y raquítico; y como los cuidados que reclamaba y las inquietudes que ocasionaba, hicieron descuidar al señor Santa Cruz los negocios del comercio, sus intereses padecieron y la fortuna le fué adversa. Una hermana del comerciante, solterona y pobre, gobernaba la casa de su hermano, desde que éste habia perdido á su mujer, y le advirtió con tiempo de que el modo que tenia de mimar á su hijo, le era cada vez mas perjudicial, y que era indispensable, supuesto que el niño estaba fuerte y robusto, hacer por desarraigar en él las malas manías de terquedad y de pereza que habia contraido durante ocho años de indulgencia excesiva y tal vez culpable.

Representó en fin á su hermano, que la suerte

que despreciaba, no era una cosa indiferente, puesto que podria ayudarle el dia de mañana á colocar á Mauricio, que este era el nombre del niño, en una esfera mas elevada de la que pudiera prometerse sin este apoyo. Así aquella mujer de talento comprendió el medio de que habia que echar mano, para reanimar en él su antigua actividad. Presentarle la felicidad y el porvenir de su hijo como el objeto de sus esfuerzos, era manifestarle á la vez el fin y los medios, era infundirle valor y voluntad; así es que no hacia aún dos años que se habia puesto al frente de los negocios, cuando ya estos habian vuelto á su estado floreciente. ¿Qué habia hecho Mauricio en todo este tiempo? ¿Cómo recompensaba los afanes de su buen padre?

Con su desaplicacion, con su pereza, y sobre todo con una terquedad, que no cedia ni por el deseo de la recompensa, ni por el temor del castigo. El niño conocia muy bien el flaco de su padre y le sabia explotar en beneficio suyo, no cediendo jamás en ninguna circunstancia de la vida. Esta resolucion produjo los efectos consiguientes: Mauricio fué despedido de todos los colegios donde le pusieron como externo, y al fin su padre llamó á casa un profesor, al que confió sus penas.

El profesor, hombre de talento y de buen cora-

zon, estudió el carácter de su discípulo, y como vió que lo que le dominaba era la pereza y la desobediencia, no le mandó nada determinadamente, y trató de inspirarle con destreza aficion al estudio: tarea inútil. Mauricio era observador, y notando la sagacidad con que trataban de forzar su voluntad, permaneció en su inercia.

Gracias á su terquedad funesta, no se pasaba dia sin que estuviese á punto de romperse los cascos, pues con su génio vivo y travieso en nada reparaba cuando queria salirse con su gusto. Tenia la costumbre de balancearse en la silla, y perdiendo una vez el equilibrio, levantó con las rodillas la mesita que tenia delante y se embocó el café hirviendo en el pecho y en las manos.

Otra vez se le antojó disparar cohetes, y se fué para ejecutarlo á lo último del jardin. La explosion se verificó, pero con tan poco acierto del polvorista, que se chamuscó el pelo y se prendió fuego á la blusa. Asustado echó á correr, con lo que la llama tomó mas cuerpo. El infeliz hubiera perecido tal vez víctima de su imprudencia, si el cielo no hubiese traído por allí al jardinero de la casa, que en un abrir y cerrar de ojos, le cogió en los brazos y le zambullo en el estanque, del que salió tiritando y con un buen constipado, pero salvo.

Sabe Dios á qué extremo hubieran llegado las cosas, y los sentimientos para el padre de Mauricio, sin una circunstancia que vino á separarle del hijo ingrato en quien fundaba todas sus esperanzas, y que no le habia causado hasta entónces mas que disgustos.

Cuando el señor de Santa Cruz volvió á ponerse al frente de sus negocios, se asoció con un hombre que gozaba de una intachable reputacion, aunque desgraciadamente no merecida. Como llevaba la firma de la casa, resultó que un dia aquel hombre se escapó á los Estados-Unidos, despues de haber esparcido en el comercio cerca de cuatrocientos mil reales en recibos cuyo importe habia cobrado.

El buen comerciante se quedó aterrado, cuando supo esta noticia, pero no se desanimó. Se deshizo de cuanto poseia y pagó: al dia siguiente entregó á su hermana cuanto habia podido ahorrar para ayudarla á vivir con Mauricio durante su ausencia, y se ocupó en los preparativos de su partida: muchos comerciantes que conocian su probidad y su rara inteligencia consintieron en formarle una pacotilla.

Cuando llegó el dia de la separacion, el pobre padre encomendó su hijo á su hermana, diciéndola que le conservase aquel cariño de que se mostraba tan poco digno, pero que tanta falta le hacia; y despues de haber abrazado á su hijo, que era todo lo que le quedaba de sus dias buenos, y que parecia destinado á dárselos muy malos, se alejó con el corazon oprimido y los ojos llorosos, pidiendo á Dios en voz baja se efectuase un cambio que no esperaba, pero por el que daria la sangre de sus venas.

A pesar de su atolondramiento, Mauricio lloró al despedirse de su padre, pues era ménos insensible de lo que se creia, y aquella separacion le afectó de un modo extraordinario. En cuanto á su tia, disimuló su pena y se ocupó de arreglar la nueva habitacion que habia escogido y que constaba de sala, cocina y una alcobita para cada uno. Mauricio se paseó desdeñosamente por el cuarto y luego preguntó á su tia:

—¿Es aquí dónde vamos á vivir?

—¿Por qué no? respondió ella.

Llegó la comida que se componia únicamente de la sopa y el cocido y Mauricio volvió á preguntar:

—¿Qué, no tendremos hoy aquí á Juan para que nos sirva la mesa?

—Ni á Juan, ni á Teresa, ni á nadie.

—¿Pues es cosa chistosa el tenerse uno que servir á sí mismo! pero en fin, esto no quita las ganas de comer. A propósito, ¿dónde están los postres?

—¿Postres! exclamó su tia fingiendo admiracion. ¿Sabe Dios si todos los dias podremos echar carne en el puchero!

Al dia siguiente, cuando Mauricio se levantó encontró á su tia cosiendo una camisa de municion.

—¿Para quién es esta camisa? dijo: á mí me parece está algo duro de coser y no muy agradable.

—De modo que yo no coso por divertirme, contestó su tia, sino por ganar sesenta cuartos que me dan por cada camisa: como que todavía soy jóven para acostumbrarme al trabajo, y como que no sé lo que será de nosotros, he pensado en crearme esta ayuda de costa.

—¿Y cuánto tiempo se tarda en ganar esos sesenta cuartos?

—Una costurera hábil los ganaria en el dia, pero yo necesito dos por lo ménos.

—Pues entónces eso no vale la pena de estarse pinchando los dedos y debiamos marcharnos un poco á paseo. ¡Hace un tiempo tan hermoso!

—Es verdad, respondió la tia sin levantar los ojos de la labor; pero ya no es cosa de hacer lo que á uno le dé la gana y hay que sujetarse al trabajo.

—Pero, replicó todavía el terco niño, si tenemos de qué vivir, ¿por qué se ha de trabajar como si no tuviésemos?

—Porque no estamos solos en el mundo, y porque si tu padre ha de volver algun dia mas desgraciado de lo que fué..... quien sabe! yo me creeria bien remunerada de mi trabajo, ofreciéndole mis cortas economías y diciéndole: Hermano, mientras que has sido rico nada me ha faltado; pero mi corazon

te lo paga con sus recuerdos y su agradecimiento: cada peso duro que te doy me ha costado muchos dias de constante trabajo; pero se ha hecho muy verdadero, puesto que á tí destinaba sus utilidades.

Mauricio se enterneció al escuchar á su tia: ¿era por la vergüenza que sentia al verse tan inferior á ella por sus sentimientos? ¿Era por el remordimiento de sus faltas pasadas, ó por el recuerdo de su padre que se le renovaba como en el momento de la partida? Fué á sentarse junto á la ventana y abrió algunos libros, que soltó al instante que advirtió que su tia le miraba.

Dos meses se pasaron de un modo bastante monótono; la tia se levantaba y se ponía á trabajar sin menearse del asiento hasta que llegaba la portera que le traía la compra. Abandonaba entónces el oficio de costurera para convertirse en cocinera, y lo mismo al poner la mesa para comer: pero acabada la frugal comida, volvía á coger la labor hasta la noche. De Mauricio no hacia caso mas que para prevenir sus necesidades, pero sin dirigirle consejos ni reconvenciones: parecia que segun la inclinacion de cada uno, habia reservado para Mauricio la pereza y para ella el trabajo.

Un año se tardó en recibir carta del señor de Santa Cruz: el digno padre se quejaba de la fortuna que le era siempre adversa; pero decia que se consolaba con la esperanza de que por la respuesta de la carta, habia de saber que su hijo era ya amable, dócil y laborioso. Mauricio se alegró infinito de saber que su padre estaba bueno y se acordaba de él; pero tenia un modo de amar á su padre tan particular, que hasta entónces no le habia inspirado la mas pequeña reforma, ni el mas ligero sacrificio.

Los dias se pasaron como anteriormente, hasta cierta ocasion en que Mauricio preguntó á su tia:

—Pero si papá no vuelve pronto, ¿qué es lo que yo voy á ser cuando sea grande?

—Un carpintero ó un albañil, contestó su tia sin dejar la aguja.

—¿Yo albañil! replicó el vanidoso niño; mejor quisiera ser soldado ó marino, que al ménos podria un dia llegar á oficial.

—Eso no es cosa segura, porque todos los oficiales son jóvenes aplicados, que han tenido que estudiar muchos años para adquirir los conocimientos necesarios en la carrera militar. Hay otros en efecto, que de soldados llegan á oficiales, pero esto es muy casual: cada grado es la recompensa de una herida ó de una hazaña; pero tambien acontece que se recibe la muerte cumpliendo con su deber, y entónces, ¡adios el hombre y la recompensa!

Mauricio, furioso porque su tia siempre le respondia en términos de demostrarle la necesidad del trabajo, cogió de encima de la mesa un tomo de aritmética de Vallejo, y arrancando algunas hojas, las echó á volar por la ventana. Su tia se puso encarnada de cólera, y levantándose con precipitacion, dijo á Mauricio, con un tono de voz á que él no estaba acostumbrado:

—Tráeme aquí el retrato de tu padre.

El niño bajó la cabeza, y obedeció sin replicar.

—No eres digno de mirarle siquiera, exclamó su tia, quitándole la miniatura: desesperado de su ruina por causa tuya, y todavía mas desconsolado por tu mala conducta, le has dejado marchar, sin prometerle algo para el porvenir, ó la enmienda de lo pasado, y no contando con perseverar en el vicio, todavía quieres destruir sin respeto las obras destinadas á difundir la instruccion entre aquellos niños que la buscan con tanto ahinco como tú huyes de ella. Eres un mal niño, y serás despreciado de todos, hasta de los peones de albañil á quienes tanto desprecias, porque el mas pobre de ellos sabe mas que tú, y quiere que sus hijos sepan lo que tú nunca sabrás.

Mauricio no se habia meneado siquiera, durante esta sermonata, que habia dictado á su tia la mala accion que le habia visto cometer. Al fin se atrevió á decir:

—¿Quiere vd. darme el retrato de mi padre?

—No, dijo su tia, guardándole en un cajon de la cómoda, que cerró con llave: para tener ese retrato, es preciso observar una conducta enteramente

opuesta á la que observas en el dia. Si Dios oye mis súplicas, continuó llorando con amargura, mi hermano acabará sus dias en remoto país, ántes de volver aquí para encontrar un hijo que le cubra de vergüenza.

Siguiéronse momentos de silencio á estas palabras. Mauricio estaba pálido y sin verter una lágrima, cuando de improviso, y con todos los signos de la resolucion que era el distintivo de su carácter, se hincó de rodillas, diciendo:

—No será vuestra oracion sino la mia la que Dios escuchará; que venga mi padre cuando quiera, que yo seré digno de su cariño.

No pudiendo resistir á este grito del alma, lanzado por Mauricio, su tia le abrazó, queriendo volverle el retrato.

—No, dijo el niño, hasta que vd. esté contenta de mí, no quiero tenerle, y mi castigo consistirá en estar privado de él.

Este fué el principio de una regeneracion completa. Mauricio fué colocado en clase de externo en un excelente colegio, pagando su tia con mucho gusto el importe de la pension. Al principio, tuvo Mauricio algunas humillaciones que sufrir, porque entró en la clase mas inferior; pero esto fué un motivo para que desplecase todo su valor, y tanta como habia sido ántes su pereza, fué despues su diligencia. Pasó con rapidez de una clase á otra, y como tenia constancia, sus progresos fueron notables. En lo sucesivo fueron mayores todavía, de modo que su tia se vanagloriaba de él, y aun le sorprendia con algun regalillo, á fuerza de economías; pero Mauricio no aceptaba el menor agasajo, si llegaba á sospechar que su tia se hubiese impuesto la menor privacion para proporcionársele.

El maestro de Mauricio le cobró mucha aficion, y vino á decir á su tia, que continuase los estudios, hasta graduarse y seguir carrera, pues tenia disposicion para ello. Mauricio estaba presente, y se explicó así:

—Permita vd., tia, que yo responda, pues bien lo puedo hacer. Nosotros no somos ricos, señor, continuó con modesta dignidad, y aun ignoramos la suerte de mi padre: sería, pues, una locura el seguir una larga carrera, tal vez incierta, si puedo hacer de un dia á otro, lo que él ha hecho en tanto tiempo por mí.

—¿De modo que os agradaria mas una colocacion en el comercio?

—¡Oh! ¡Si yo la encontrara!

—Puede que no sea cosa tan difícil. Tengo un amigo, que se halla á la cabeza de una de las mas fuertes casas de comercio de Madrid, y se halla disgustado con su tenedor de libros. Aprended un poco de francés que os será necesario, y yo respondo de colocaros allí.

Mauricio trabajó dia y noche, siempre pensando en su nuevo destino y no deseando ya que su padre viniese tan pronto, sino hasta que él estuviese colocado. Llegó por fin el dia en que debian realizarse sus esperanzas, y presentado á su nuevo patron, le agradó á primer golpe de vista, y fué admitido en su bufete.

Al volver Mauricio á casa, despues de su primer dia de trabajo, se arrojó al cuello de su tia, experimentando una felicidad inesperada, y exclamando:

—Ya soy hombre de provecho, ya gano mi mesada corriente, y con esperanzas de aumento cada año.

La tia estaba conmovida y contestó:

—Tanto mejor, querido sobrino; yo tambien tengo ahorros para dos años, y puedo hacer frente á los gastos de casa.

—¿Qué felicidad! exclamó Mauricio; entónces es menester reunir nuestros ahorros, para aumentar el tesoro que destinamos á mi papá. Vd. habrá tenido mas mérito que yo; pero de todos modos, yo creo que ya puedo tener el retrato, y que no me avergonzaré delante de él. ¿Qué le parece á vd.?

—Ya no debes contentarte con besar el retrato como lo hacias ántes, y yo te proporcionaré mas de lo que pudieras desear: mira en tu alcoba.

Mauricio se volvió para ir á buscar aquel retrato querido de un padre ausente; pero ántes que hubiese andado dos pasos, se sintió estrechado entre los

brazos de un hombre pobremente vestido: era su padre.

—Mauricio, querido hijo mio, todo lo sé, y todo lo he oído; pero triste recompensa de tu valor es el que yo haya llegado. Poca fortuna he tenido y no traigo un cuarto.

—¡Qué egoísta soy! contestó el niño. Casi iba á decir que me alegraba.

—Hé aquí mi ofrenda, dijo la tía, poniendo sobre la mesa cuanto habia ganado á costa de tanto trabajo, durante la ausencia de su hermano.

—Hé aquí la mia, dijo Mauricio, poniendo sobre la mesa el importe de la primera mesada, que por adelantado le habia satisfecho su patron.

—Y aquí está la mia, dijo tambien el padre, que por esta vez habia mentido, poniendo sobre la mesa un paquete de billetes de banco, por valor de doscientos cincuenta mil reales.

EL SULTAN Y LAS CURRUCAS.

(CUENTO ORIENTAL POR LEROUX.)

El sol desaparece en el horizonte y sus últimos rayos doran las copas de los grandes árboles del jardín del serrallo. Mil juegos de agua que saltan sobre fuentes de mármol, derraman en el aire una deliciosa frescura á la que se mezclan las suaves emanaciones de los naranjos y los jazmines. Pájaros de brillante plumaje revolotean entre las ramas y se persiguen en graciosos debates. De tiempo en tiempo la melodiosa búbula de rosado cuello, llena el aire con sus poéticos acentos.

Es esa hora tan bella en los trópicos en que la naturaleza parece salir del sueño letárgico en que la sumiera el ardor del sol durante el día. Entónces es cuando los huéspedes del suntuoso palacio dejan los muelles divanes y salen á respirar el aire embalsamado del crepúsculo. Grupos alegres, brillantes, recorren las avenidas que resuenan con los acentos de la flauta y el tamboril.

Mas hoy todo calla. Solo un hombre ricamente vestido huella los céspedes esmaltados de flores. Es el sultan, el feroz Soliman. Su frente sombría y pensativa, se inclina hácia la tierra; los rasgos contraidos de su fisonomía tienen el sello de un pesar agudo.

Es que el sultan tiene una hija, Leila, encantadora niña, á quien los génios dejaron escapar del cielo; esta niña á quien Soliman ama mas que á nadie en la tierra, está luchando con la muerte. Los médicos han dicho: «no hay ya esperanza; nadie sino Dios puede salvarla.»

Y el potente monarca ha salido de su palacio, y pasea, sin descanso ni objeto. Sus ojos, empañados por el llanto, no pueden fijarse en las bellezas que le rodean.

Repentinamente se detiene y alza las manos al cielo.

«Oh, Allah! soberano de los hombres! tú para quien yo soy un humilde gusano de la tierra, oye mi ruego! Vuélveme mi hija! Aparta de su frente la mano del negro génio! Escúchame, te lo juro; desde mañana elevo el estandarte de la fé; mis ejércitos irán á destruir á los infieles, cuya impiedad excita tu cólera; por todas partes proclamaré tu fé y tu ley; el hierro precipitará en los antros de Belcebú á las hordas de los incrédulos!»

Mas el cielo se hace sordo á sus ruegos.

Soliman deja caer sus manos suplicantes; su cabeza vuelve á inclinarse sobre el pecho, y gruesas lágrimas surcan su negra y abundosa barba.

Repentinamente le parece oír gritos débiles y dolientes; alza la cabeza; sobre un arbusto cercano hay dos currucas que saltan de rama en rama manifestando con agudos gritos su desesperacion. El sultan se inclina y ve sobre el suelo un pajarillo que apenas comienza á cubrirse de un suave plumaje. Sin duda que algun movimiento un tanto brusco le precipitó fuera del nido, y ahí permanece inmóvil sobre la tierra miéntras que sus padres solo pueden gritar para expresar su pena.

Soliman se inclina; él, el feroz monarca ante quien todo tiembla, para quien la vida de millares de hombres es una futesa, él, el sanguinario conquistador que ha paseado la espada y el fuego por todo el mundo, se inclina y con mano temblorosa toma el pajarillo, le levanta y le coloca con suavidad en su nido. Y cuando lo ha hecho, oye una voz que le dice:

«Oh sultan! Tus crímenes te son perdonados porque tuviste compasion de una criatura débil. Aprende á ser bueno y compasivo, y sabe que Allah juzga á los hombres no por su grandeza, sino segun su corazon y sus buenas acciones, por pequeñas que sean. Vuelve á tu palacio. Has tenido commiseracion del polluelo de las currucas; se te devuelve tu hija!»

El viejo y el tesoro.

(FABULA.)

No era rico á la verdad,
Mas sí dichoso un anciano,
Cuya virtud encomiaban
Los propios y los extraños,
Con su modesta fortuna
Socorria al desgraciado,
De las viudas era padre,
De los huérfanos amparo.
Si la cosecha era mala,
Pronta y liberal su mano
Al labrador ayudaba
En la siembra de sus campos.
Si reñía un matrimonio,
Al instante de sus labios
Sanos consejos brotaban,
De la paz indicios claros;
Indulgente con las faltas,
Reprendía sin enfado
Diciendo: todos los hombres
Tenemos nuestros resabios.
Qué se ha de hacer! Es preciso
Poquito á poco enmendarnos,
Y de este mundo infeliz
Llevar en bien los trabajos.

Cierto dia nuestro viejo
En las ruinas de un palacio,
Halló un tesoro. ¡Qué dicha!
Exclamó con entusiasmo:
A muchos haré felices,
No habrá miseria á mi lado,
Ni los suspiros del pobre
Perturbarán mi descanso.

Al llegar aquí, un proyecto
Cruzó por su mente rápido,
Y fué poner á ganancias
El oro... ¡Pobre insensato!
Desde entónces la codicia
Llegó á dominarle tanto,
Que todo su afán, su anhelo
Era hacerse millonario.
Si los pobres á su encuentro
Salían, doblaba el paso
Y de noche no dormía,
En su tesoro pensando.
Por fin, un pobre labriego
Llegó á pedirle prestados
Veinte doblones. Ya veis,
Le dijo, que en todo el año
No he podido trabajar,
Y un acreedor inhumano
Se prepara á proceder
De mis muebles al embargo.
No estoy en fondos, contesta
Al infeliz el avaro,
Y el primero se retira
Pesaroso y cabizbajo.
Pero ¡qué trasformacion!
No bien anda cuatro pasos,
Cuando el viejo arrepentido
Le llama, le dá un abrazo,
Y en su bolsillo desliza
Mas de quinientos ducados.
Acto continuo convoca
En la plaza al vecindario,

Y entre todos, el tesoro
Reparte, diciendo ufano:
Dividida esta riqueza,
Util será á mas de cuatro;
En poder de un hombre solo
Muere, y al hombre hace malo.

*Contentémonos, amigos,
Con un pasar moderado:
Lo supérfluo engendra vicios
Y la miseria trabajos.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO III.

DE LAS VISITAS.

SECCION CUARTA.

De la duracion de las visitas.

I

Así como deben hacerse las visitas en las oportunidades, dias y horas que la etiqueta establece, de la misma manera debe dárseles la duracion que está igualmente establecida para cada una de ellas.

II

Las visitas de negocios no deben extenderse mas allá del tiempo absolutamente indispensable para llenar su objeto. El prolongarlas sin motivos justificados es una inconsideracion tanto ménos excusable, cuanto mayor es el número y entidad de las ocupaciones que rodean á las personas que la reciben.

III

Una visita de presentacion durará siempre de quince á veinte minutos, si el presentante tiene poca confianza en la casa que la recibe: si éste tiene en ella intimidad, la visita podrá extenderse hasta tres cuartos de hora; prolongándose por un espacio hasta de diez minutos cuando toque al presentado, excitar al presentante á terminarla (§. XII, seccion 2ª).

IV

Las visitas de ceremonia durarán de diez á quince minutos: las que son de etiqueta y no tienen señalada especial duracion, de quince á veinte minutos, y las de poca confianza, hasta tres cuartos de hora. En cuanto á las de confianza, cuando son puramente de amistad pueden durar hasta dos horas, y solo hasta una hora, cuando tienen por objeto cumplidos y demostraciones especiales, como ofrecimientos, felicitaciones, etc. Una visita de confianza ó de poca confianza, puede sin embargo ser muy corta en cualquier caso, segun las circunstancias particulares que la acompañen, para lo cual, no puede existir otra norma que la prudencia y el buen juicio del visitante. Con todo, es una regla general que estas visitas, cuando se hacen de dia, especialmente en dias de trabajo, deben ser mas cortas que cuando se hacen de noche.

V

Las visitas que se hacen en persona en las casas de los enfermos, y todas las demás visitas de sentimiento, deben ser generalmente muy cortas, y aun reducirse á dejar el visitante su tarjeta, segun que la gravedad del enfermo ó cualesquiera otras circunstancias de la casa puedan hacer embarazoso el recibirle.

VI

Las personas que concurren habitualmente á una tertulia, están en libertad de permanecer en ella todo el tiempo á que generalmente se extiende, sea cual fuere.

VII

Siempre que al entrar en una casa notemos que hay en ella alguna reunion extraordinaria, ó que la persona que solicitamos vá á salir, y siempre que por cualquiera otro motivo creamos que no hemos llegado en oportunidad, retirémonos al punto sin llamar la atencion de nadie. Y cuando no hayamos podido evitar el ser vistos y se nos inste por que entremos, ó bien hayamos penetrado ya en la pieza de recibo, permaneceremos por un corto rato y nos retiraremos, aun cuando se nos excite á detenernos.

VIII

Si encontrándonos de visita en una casa llega de viaje una persona que viene á hospedarse en ella, sea ó no de la familia, nos retiraremos pasados algunos instantes.

IX

Al entrar en una pieza de recibo donde se encuentren otras visitas, observemos discreta y sagazmente los semblantes, el giro que tome la conversacion, y todo lo demás que pueda conducirnos á averiguar por nosotros mismos, y sin hacer ninguna pregunta, si ántes de entrar nosotros se trataba de algun asunto de que no se nos quiera imponer, y en este caso, pretextemos, si es posible, haber entrado con un determinado objeto que por su naturaleza haya de tenernos breves momentos, y de cualquiera manera retirémonos sin ceder á ninguna excitacion á quedarnos; á ménos que el dueño de la casa no se limite á instarnos, sino que nos manifieste francamente que no se trataba de ningun asunto para nosotros reservado, pues entónces podemos, sin escrúpulo, dar á nuestra visita la duracion correspondiente.

X

Tambien nos retiraremos inmediatamente de una visita, cuando entrare otra persona y notáremos de algun modo que los dueños de la casa desean quedarse á solas con ella.

XI

Si durante la visita que hacemos recibiere una carta el dueño de la casa, le excitaremos á que la lea, y sino la leyere, retirémonos á poco; lo cual haremos tambien, aunque llegue á leerla, á no ser que al acto de despedirnos nos inste por que nos quedemos, manifestándonos con franqueza que la carta no contiene nada de importancia. Téngase presente que entre varias personas que se encuentren de visita, la excitacion al dueño de la casa á que lea una carta que le llega, no toca nunca al inferior sino al superior; que entre una señora y un caballero toca á la señora; y que una persona muy inferior á otra, como lo es un jóven respecto de un anciano, no le hace nunca semejante excitacion, sino que se retira dentro de un breve rato.

XII

Si durante nuestra visita entrare otra persona, y tuviéremos motivo para pensar que trae un asunto urgente, sobre el cual no pueda tratar á nuestra presencia, retirémonos asimismo dentro de un breve rato: á no ser que nuestra visita sea tambien interesante para nosotros, y no hayamos aún llenado nuestro objeto.

XIII

Cuando nos encontremos á solas con una persona muy superior á nosotros á quien estemos haciendo visita, y llegue otra persona que sea tambien para nosotros muy respetable, nos retiraremos inmediatamente, aprovechando el momento en que nos habremos puesto de pié junto con el dueño de la casa al entrar la nueva visita. Por regla general, siempre que sean muy respetables para nosotros todas las personas que compóngan el círculo en que nos encontremos daremos á nuestra visita una duracion muy corta.

XIV

Siempre que encontrándonos de visita en una casa ocurriere en ella algun accidente que llame seria-

mente la atencion de sus dueños, retirémonos al punto, si no podemos prestar ninguna especie de servicios.

XV

En todos los casos en que se nos manifieste deseo de que prolonguemos una visita, daremos una muestra de agradecimiento á tan obsequiosa excitacion, quedándonos sin instancia un rato mas; pero despues de esto, no cederemos otra vez, si ya hemos dado á nuestra visita una duracion excesiva.

El muchacho y el espejo.

(FABULA.)

Cierto muchacho, criado
En un miserable pueblo,
Vuelto á casa de sus padres
Se admiró al ver un espejo.
Divisando á otro muchacho,
Hace sin querer un gesto;
Y al notar que le remeda,
Se enfurece con extremo.
Le amenaza con el puño
Y ve que el otro soberbio,
Con su puño le amenaza.
Allí fué Troya: al momento
Le descarga mi rapaz
Una puñada, creyendo
Que le iba á desbaratar
Los hocicos cuando ménos;
Y cádate al pobre chico
Que se lastima los dedos,
Y alza el clamor, renegando
Del muchacho y del espejo.
La madre acude á sus lloros.
Y le halaga con afecto
Diciéndole: Mira, bobo,
Tú no le hiciste primero
Un gesto? Pues él te hizo otro.
Ríete, verás qué presto
Se rie él tambien. Si tú
Le das la mano contento,
Verás que él te da la suya;
Y si tú le muestras ceño,
Ceñido se mostrará:
Porque él es, hijo, un ejemplo
De la sociedad, la cual
Nos vuelve, como el espejo,
En nuestro provecho ó daño
Todo el bien ó mal que hacemos.

LA INFANCIA DE LOS HOMBRES CELEBRES.

AMYOT.

En el año de 1524, y cuando los primeros frios del invierno empezaban á sentirse, se verificaba una escena interesante en el pueblo de Melun. Un niño de once á doce años de edad, sin temer los crudos rigores de la estacion que amenazaba, se despidió de sus afligidos padres, para emprender valerosamente el camino desde Melun á Paris.

—Sí, les decía, ya que vdes. son bastante pobres para poder costear mi educacion, ya que á duras penas pueden atender á su preciso sustento, yo quiero ir á Paris, para instruirme, para ser hombre de provecho, y para ganar dinero con que proporcionarles á vdes. algun descanso en su vejez.

Le engañaba el corazon al pobre niño: apenas se alejó de casa de sus padres, apenas se le concluyeron las provisiones que éstos le habian dado, no encontró proteccion ni abrigo en ninguna parte. Estenuado de hambre y de fatiga, habiéndole pillado la noche fuera de poblado, un traspies que dió en el borde de un barranco le hizo rodar al fondo, donde por algun tiempo estuvo sin conocimiento.

Quiso su buena suerte que sus gemidos llegasen á oidos de un compasivo viajero, que paró su caballo al borde del barranco, y no pudiendo distinguir por la oscuridad de la noche quién era el que se lamentaba, se apeó y al fin encontró al niño desmayado, al que hizo volver en sí, apenas lo arropó con

su capa, pues estaba yerto de frio. Entónces le contó toda su historia y el motivo por que habia salido de casa de sus padres, lo que le causó al viajero tanta compasion, que colocando al niño como mejor pudo sobre el arzon delantero de la silla de su caballo, no paró hasta llegar á la próxima posada, donde dispuso se diesen á la tierna criatura todos los auxilios que necesitaba.

Al dia siguiente muy de mañanita, como que el viajero desconocido tenia que continuar su camino, se despidió del niño; le dió algun dinero y por último le entregó una carta, diciendo:

—En cuanto llegues á Paris, pregunta por el colegio del cardenal Lemeine y entrega esta carta de recomendacion al regente de dicho colegio; es intimo amigo mio y creo que no te abandonará.

El niño, lleno de alegría, dió gracias á su protector con lágrimas en los ojos, y se puso prontamente en camino para Paris, donde presentándose en el colegio indicado, y manifestando la carta de que era portador, fué recibido al instante; pero no en clase de discípulo, sino en la de criado.

Pero esto nada importa: acostumbrado ya á una vida de privaciones, sabrá soportar las que la condicion de sirviente lleva consigo, y en cuanto á la aplicacion constante é infatigable perseverancia del niño, júzguese cuál seria por los hechos siguientes. En todos los momentos que se lo permitian sus faenas domésticas, corria á situarse á la entrada de las clases, y cuando no podia otra cosa, aplicaba el oido á la cerradura de la puerta, para no perder una palabra de las explicaciones del profesor, y despues meditaba á sus solas sobre lo que habia oido, procurando retener en su memoria el sentido de las lecciones. No se parecia en esto á otros muchos niños, que léjos de aprender y de instruirse por sí solos y sin maestros, nada adelantan ni aun con los buenos maestros y los muchos recursos que tienen. El niño de que vamos tratando, tenia que estudiar en los libros que pedia prestados, y tenia que hacerle á la claridad de la luna, desvelado en su camaranchon, cuando ya todos estaban durmiendo en el colegio.

Tanta constancia tuvo al fin su recompensa, y Jacobo Amyot, que este era el nombre del niño, pudo presentarse en exámenes públicos, recibir el grado de licenciado en letras, obtener una cátedra en la universidad de Bourges, ser nombrado preceptor de los hijos de Enrique II, gran limosnero, obispo de Auxerre y comendador de la orden del Espíritu Santo. Estas dignidades y las muchas obras que publicó, aumentaron su reputacion y le proporcionaron ser uno de los hombres mas ricos de la época, pues al morir el 6 de Febrero de 1593, dejó 200,000 escudos, suma enorme para aquel tiempo.

El ruiseñor y el príncipe.

[FABULA.]

Recreábase un príncipe muy jóven,
Del ayo acompañado,
Por un sombrío bosque;
Y viendo sobre un árbol
A un ruiseñor que alegre gorjeaba,
Corrió á cogerle, de su voz prendado;
Pero asustado al punto,
Escapó el ruiseñor lleno de espanto.
Burlado y con enojo,
Dijo entónces el príncipe á su ayo:
—¿Por qué este pajarillo,
El mas precioso acaso
De todos, por su voz y sus cadencias,
Ha de vivir agreste y solitario
En los oscuros bosques,
Donde nadie escuchar puede su canto?
—Los molestos gorriones,
Señor, responde su mentor, son tantos,
Que en todas partes cunden;
Pero el mérito vive de ordinario
Escondido de todos,
Y el que le quiera hallar, ha de buscarlo.

*No en el bullicio alegre,
Sino en la soledad se oculta el sábio.*